

7. La Palabra Moradora

E. J. Waggoner

En el versículo dieciséis del tercer capítulo de Colosenses se encuentra esta exhortación: «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales.» (Colosenses 3:16, RVR1960). Este texto, correctamente entendido, resuelve el problema de la vida cristiana. Dediquemos, por lo tanto, unos momentos a ver cuánto implica.

Que hay un poder en la palabra de Dios, muy superior al de cualquier otro libro, no se puede dudar. El Señor, por medio del profeta Jeremías, reprende a los falsos profetas que hablan sus propias palabras en lugar de las palabras de Dios, y dice: «¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?» «El profeta que tuviere un sueño, cuente el sueño; y aquel a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? dice Jehová. ¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra?» (Jeremías 23:28-29, RVR1960). Y el mismo profeta relata así su experiencia cuando fue reprochado a causa de la palabra del Señor: «Y dije: No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude.» (Jeremías 20:9, RVR1960).

La palabra escondida en el corazón protege contra el pecado. «En mi corazón he guardado tus dichos, Para no pecar contra ti.» (Salmos 119:11, RVR1960). Y de los justos leemos que la razón por la que ninguno de sus pasos resbala es que «La ley de su Dios está en su corazón; Por tanto, sus pies no resbalarán.» (Salmos 37:31, RVR1960). David también dice: «En cuanto a las obras humanas, por la palabra de tus labios Yo me he guardado de las sendas de los violentos.» (Salmos 17:4, RVR1960). Jesús, también, en su memorable oración por sus discípulos, dijo: «Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad.» (Juan 17:17, RVR1960).

La palabra del Señor es la semilla por la cual el pecador nace de nuevo. Leemos del «Padre de las luces» que «El, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas.» (Santiago 1:18, RVR1960). Y el apóstol Pedro dice: «Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para

el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.» (1 Pedro 1:22-23, RVR1960). Así aprendemos que, mientras que los que son de Cristo nacen del Espíritu, la palabra de Dios es la semilla de la cual son desarrollados como nuevas criaturas en Cristo. La palabra, entonces, tiene poder para dar vida. Ella misma es *vivificante*, es decir, viva y poderosa; y el salmista ora para ser *vivificado*, hecho vivo, según la palabra, y luego dice: «Abatida hasta el polvo está mi alma;

Vivifícame según tu palabra. Te he manifestado mis caminos, y me has respondido;

Enséñame tus estatutos. Hazme entender el camino de tus mandamientos,

Para que medite en tus maravillas. Se deshace mi alma de ansiedad;

Susténtame según tu palabra. Aparta de mí el camino de la mentira,

Y en tu misericordia concédeme tu ley. Escogí el camino de la verdad;

He puesto tus juicios delante de mí. Me he apegado a tus testimonios;

Oh Jehová, no me avergüences. Por el camino de tus mandamientos correré,

Cuando ensanches mi corazón. He

Enséñame, oh Jehová, el camino de tus estatutos,

Y lo guardaré hasta el fin. Dame entendimiento, y guardaré tu ley,

Y la cumpliré de todo corazón. Guíame por la senda de tus mandamientos,

Porque en ella tengo mi voluntad. Inclina mi corazón a tus testimonios,

Y no a la avaricia. Aparta mis ojos, que no vean la vanidad;

Avívame en tu camino. Confirma tu palabra a tu siervo,

Que te teme. Quitá de mí el oprobio que he temido,

Porque buenos son tus juicios. He aquí yo he anhelado tus mandamientos;

Vivifícame en tu justicia. Vau

Venga a mí tu misericordia, oh Jehová;

Tu salvación, conforme a tu dicho. Y daré por respuesta a mi avergonzador,

Que en tu palabra he confiado. No quites de mi boca en ningún tiempo la palabra de verdad,

Porque en tus juicios espero. Guardaré tu ley siempre,

Para siempre y eternamente. Y andaré en libertad,

Porque busqué tus mandamientos. Hablaré de tus testimonios delante de los reyes,

Y no me avergonzaré; Y me regocijaré en tus mandamientos,

Los cuales he amado. Alzaré asimismo mis manos a tus mandamientos que amé,

Y meditaré en tus estatutos. Zain

Acuérdate de la palabra dada a tu siervo,

En la cual me has hecho esperar. Ella es mi consuelo en mi aflicción,

Porque tu dicho me ha vivificado.» (Salmos 119:25-50, RVR1960).

Esto lo afirma muy claramente Jesús mismo en Juan 6:63: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.» (Juan 6:63, RVR1960). Esto demuestra que el poder del Espíritu de Dios mora en la palabra de Dios.

Con el conocimiento de que la palabra de Dios es la semilla por la cual los hombres son engendrados a una nueva vida, y que el guardar la palabra en el corazón guarda a uno del pecado, podemos entender fácilmente 1 Juan 3:9: «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.» (1 Juan 3:9, RVR1960). ¡Qué simple! Hay en la palabra esa energía divina que puede transformar la mente y hacer un hombre nuevo, «creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad». Por supuesto, la palabra puede hacer esto solo para aquellos que la reciben con fe sencilla. Pero la palabra no pierde nada de su poder. Si el alma así renacida retiene esa palabra sagrada y poderosa por la cual fue engendrada, la mantendrá siendo una nueva criatura. Es tan poderosa para preservar como para crear.

Jesús, nuestro gran Ejemplo, nos dio una ilustración de esto. Cuando fue tentado en todo punto por el diablo, su única respuesta fue: «*Escrito está*», seguida de un texto de la Escritura que se ajustaba exactamente al caso. El cristiano que quiera permanecer firme debe hacer lo mismo. No hay otra manera. Esto es una ilustración de las palabras de David: «En cuanto a

las obras humanas, por la palabra de tus labios. Yo me he guardado de las sendas de los violentos.» (Salmos 17:4, RVR1960).

Es de esto de lo que leemos en Apocalipsis 12:11, donde, al hablar del derrocamiento del «acusador de nuestros hermanos», la voz celestial dice: «Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte.» (Apocalipsis 12:11, RVR1960). Esto no significa, como algunos han asumido descuidadamente, la palabra de su testimonio en la reunión, sino la palabra del testimonio en la que el salmista encontró tanto deleite. Vencieron a Satanás por la sangre del Cordero y por la palabra de Dios.

Pero esto no se puede hacer excepto por aquellos que tienen la palabra de Dios morando en ellos. El Espíritu es dado para traer la verdad a la memoria en tiempo de prueba; pero lo que uno no ha aprendido no lo puede recordar. Pero si ha escondido la palabra en su corazón, el Espíritu, en la hora de la tentación, le traerá a la memoria precisamente aquella porción que frustrará al tentador.

Todo cristiano puede testificar del poder de la palabra en tales momentos. Cuando se inclina a felicitarse por algún logro superior, real o imaginado, ¡qué poderoso freno son las palabras: «Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» (1 Corintios 4:7, RVR1960). O cuando pensamientos ásperos y amargos luchan dentro de él por el control, ¡qué poder para sofocar esas emociones turbulentas reside en las palabras: «El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor;» (1 Corintios 13:4-5, RVR1960). Cuando se le provoca casi más allá de la resistencia, ¡cómo ayuda a uno a mantener la calma la suave reprensión: *El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos!* A esto hay que añadir las muchas *grandísimas y preciosas promesas* que traen victoria a cada alma que las aferra por fe. Miles de cristianos ancianos pueden testificar del poder milagroso que reside en unas pocas palabras sencillas de las Escrituras.

¿De dónde viene ahora este poder? La respuesta se encuentra en las palabras de Cristo: «El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.» (Juan 6:63, RVR1960). ¿Qué espíritu son? El apóstol Pedro,

hablando de los profetas, dice que era el Espíritu de Cristo el que estaba en ellos. Así, como dijimos antes, el poder del Espíritu mora en la palabra. Sí, Cristo mismo mora en la palabra, porque Él es la Palabra.

¿Quién puede entender el misterio de la inspiración? Aquel que puede entender el misterio de la encarnación; porque ambos son lo mismo. *El Verbo se hizo carne*. No podemos entender cómo Cristo podía ser toda la plenitud de la Deidad, y al mismo tiempo estar en la forma de un siervo, sujeto a todas las enfermedades de la carne mortal. Tampoco podemos entender cómo la Biblia pudo ser escrita por mortales falibles, exhibiendo las peculiaridades de cada uno, y sin embargo ser la palabra de Dios pura e inalterada. Pero es ciertamente verdad que el poder que estaba en el Verbo que se hizo carne, es el poder que está en la palabra que los apóstoles y profetas han escrito para nosotros.

Ahora podemos empezar a apreciar más el poder que reside en la palabra. «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, Y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca.» (Salmos 33:6, RVR1960). Cristo, por quien los mundos fueron hechos, los sustenta «el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas,» (Hebreos 1:3, RVR1960). El poder que reside en las palabras de la revelación es el poder que pudo hablar a los mundos para que existieran y puede mantenerlos en sus lugares designados. Ciertamente, entonces, vale la pena que dediquemos tiempo a estudiar y meditar en la palabra.

Es así como traemos a Cristo mismo a nuestros corazones. En el capítulo quince de Juan, el Señor nos exhorta a permanecer en Él, y a permitirle que Él permanezca en nosotros; y luego, unos pocos versículos más tarde, habla de nuestra permanencia en Él y de su palabra permaneciendo en nosotros (Juan 15:4, 7). Es por su palabra que Cristo mora en el corazón; porque Pablo dice que Cristo morará en el corazón por la fe (Efesios 3:17); y «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.» (Romanos 10:17, RVR1960).

Muchas personas anhelan sinceramente que Cristo venga y more en sus corazones, e imaginan que la razón por la que no lo hace es porque no son lo suficientemente buenas, y en vano se esfuerzan por llegar a ser tan buenas que Él pueda dignarse a entrar. Olvidan que Cristo entra en el corazón, no porque esté libre de pecado, sino para liberarlo del pecado; y

posiblemente nunca se dieron cuenta de que Cristo está en la palabra, y que quien la haga su compañera constante y se rinda a su influencia, tendrá a Cristo morando dentro. Aquel que ha escondido la palabra en su corazón, que medita en ella día y noche, y que la cree con la fe sencilla de la infancia, tal persona tiene a Cristo morando en su corazón por la fe, y experimentará su poderoso y creativo poder.

¿No hay algo inspirador en este pensamiento? Cuando nos acercamos a Dios en oración secreta, y el Espíritu nos trae a la memoria alguna promesa preciosa o reproche necesario, ¿no es alentador saber que, al aceptarlas, Cristo entra en el corazón con el mismo poder que sacó los mundos de la nada? ¿No reviste esto a la palabra de una nueva dignidad? No es de extrañar que David nunca se cansara de alabarla. Que el pensamiento de que Dios está en la palabra sea un nuevo incentivo para todos a ganar tiempo y fuerza para su obra dedicando más tiempo a alimentarse de la fuente de la fuerza divina.

ST, 14 de julio de 1890